

V. M. comprende mejor que nadie cuantos habrían sido nuestros trabajos, si por no atar este cabo con tiempo hubieran movido los ingleses al Rey de Marruecos al sitio de Ceuta ó de Melilla á turbarnos con un corso en el Estrecho todas las medidas para el bloqueo de Gibraltar, y á negarnos é impelirnos los víveres para nuestro campo.

Así como se previó la utilidad de nuestra Paz con el Soberano Marroquí, se tomó en consideracion lo mucho que importaría asegurar en la India oriental la amistad con Hider Ali Han, cuyo poder y máximas belicasas podrían inquietar á los ingleses, y distraerlos en el caso de una guerra del designio, ya formado por ellos, de apoderarse de Manila y de todo lo mejor de nuestras islas Filipinas, como ya lo habian comenzado á conseguir en la guerra anterior.

Hallé entre los papeles de la Secretaría de Estado la negociacion de amistad propuesta por el Emisario Golmitte, que estuvo en España á este fin, y la continué apoyando y fomentando la correspondencia con aquel Príncipe Asiático, para afianzarle en las esperanzas de nuestra gratitud, y en sus principios de amistad; y en efecto, se vieron despues sus esfuerzos durante la última guerra contra las posesiones inglesas, que verosimilmente nos libraron de la invasion y pérdida de las Filipinas.

Como la guerra que nos amenazaba podía extenderse al continente si la Inglaterra proyectaba y obtenia en él algunas alianzas que por fortuna no promovió, propuse á V. M. lo conveniente que sería contar con la amistad del gran Federico Rey de Prusia, y tratar de establecer Embaxadores ó Ministros recíprocamente en nuestra Corte y la suya; lo que jamas se habia executado contra los principios de toda buena política.

Aquel glorioso Monarca entró en estas ideas de un modo tan decoroso, que pareció que él mismo lo habia propuesto y solicitado, y se halló el medio de calmar